

03513.JPG
0003426

CONVERSACIONES

03615.JPG
0003525

CONVERSACIONES

diálogos que inspiró lo trágico de la vida.-

Se empezaron a escribir en Montevideo; se continuaron en Salto del 18 al 29 de Julio de 1915 -y Marzo de 1916.- Vuelven a la luz para ser definitivamente concluidos hoy 17 de mayo de 1917.- Terminado el 7 de Enero de 1918 a las 3 de la tarde.

03616.JPG
0003526

Aunque ninguna de estas cartas fue jamás dirigida a otro espíritu, aunque nunca los discípulos oyeron tales frases, lo cierto es que ni una sola de las verdades escritas dejó de decirse en distintas circunstancias y a distintas personas. Fueron muchas las palabras que intentaron orientar a aquel que se veía turbado por una visión repentina que no respondía a sus esperanzas; dieron otras un poco de dulzura cuando se amargaba el alma en la esperanza de una lucha violenta o impulsaron a quienes, detenidos en medio del banino, no permanecían en actitud vacilante, temerosos de la aridez y la falta de finalidad de los esfuerzos que se intentaban, y más que nada fueron ellas las verdades que la propia alma se dijo, mientras estaba desalentada y dolorosa. El espíritu que se desdoblaba, para hacer de todo tormento, y haciendo esfuerzo para convertir en ilusiones los ideales abstractos, y después de haberse sugestionado, convertida la ilusión o el engaño piadoso en necesidad halaba a lo que estaba aferrado a la tierra y le mostraba la salvación. Podían ser al principio, y lo eran tantas veces, soluciones artificiosas y no salidas espontáneamente, pero siempre las angustias de los momentos que se veían o el deseo de escapar a una indecisión que agotaba, daba atractivo a la idea expresada y así parecía real la única vida que nuestro propio espíritu daba.

Ellas llenaron la aspiración del momento, y ellas acallaban las más próximas y rebeldes dudas. Lo que podía haber de incompleto o de falso, no era visto porque se cerraba el alma a todo análisis, para escapar al peligro. Construcciones en la mayoría de las veces, provisionarias para escapar al riesgo inmediato, no podían atravesar el mar misterioso e inmenso. ¿Pero habían de entregarse los ansiosos a la fatalidad, porque no podían tener la construcción definitiva?

Es de naufragos, o de hombres que se ven amenazados, acudir a lo primero que puede facilitarles la huida del peligro, y una madera que en la tranquilidad del tiempo se desprecia para construir el buque, puede ayudar en la borrasca al hombre orgulloso y a salvarse de las olas que lo acosan. Es esa la historia de tantas ideas que fríamente analizadas no tiene trascendencia ni resisten críticas lógicas. Extrañas, absurdas, infantiles creaciones de metafísica y moral que han vivido en los cerebros febriles de quienes vanamente golpeaban el muro que resguarda el misterio.

03617.JPG
0003527

Y puede haber espíritus fríos y metódicos que pasen con un despectivo movimiento de hombres, después de haberlas conocido, que sonrían con sonrisa de superiores del esfuerzo de aquellos que irónicamente califican de hombres profundos... (Pobre Spinoza que solo en ciertos detalles de su obra ha puesto la angustia que le obligaba a construir su sistema, desesperado deseo de salvación de Pascal....)

Detrás de las frases alambicadas hay el espíritu que las dijo, cuando el alma era presa de la tragedia pudo pensarlas así, y encontrar en ellas el consuelo que se buscaba. Santa misión de las ideas anodinas y hasta absurdas, cuando han servido la salvación de un espíritu que vivió, y que como todo aquello que vive intensamente es sagrado y respetable.

Qué hondo alcance se quiso dar a una frase indiferentes y vulgar; Ansiosas llamadas, que alguien que sufre y que se atormenta dirige a los espíritus que pudieran acudir en el momento con su simpatía o con su amor. Y a esas llamadas así, nosotros las juzgamos con el mismo criterio que ponemos para el análisis de un complicado juego de ingenio.

Fueron hombres de sensibilidad delicada u hombres de acción vigorosa y para emplear una y otra siempre con eficacia, poco pudieron consagrar al esfuerzo que requería la construcción razonada y lógica, a la creación original y el sople nuevo.

Y así fueron los amigos de mis cartas, los espíritus a quienes se dirigían o el alma que luchaba contra el propio temperamento y ese fatalismo de nuestra personalidad que es una voz y una fuerza que nos llama con la autoridad de las vidas que desaparecieron, o influencia de un ambiente que nos deforma.

Bastaba para ellos una frase o una idea que diferida lentamente por lo que podía haber en sí mismos de razonadores, dejara en libertad la acción de los otros impulsos que tomaban su vigor en las fuentes de la personalidad; o surgiera una orientación solamente sugerida, para que todo lo demás, al realizarla fuera tarea del carácter individual, que lleva al hombre a su destino.

Pedían únicamente una palabra que acallara momentáneamente la interrogación que los paralizaba por vacilantes, o una idea capaz de despertar no

03618.JPG
0003528

previstas resonancias, que vibrando, hiciera vibrar las íntimas fibras emotivas o de la voluntad, con acción propia: solamente el movimiento que distendiendo el resorte pusiera en acción las fuerzas dormidas. Y como todos los hombres que han sentido mucho, y como todos aquellos que mucho esfuerzo efectivo han puesto en ejercicio, no eran las ideas más extraordinarias ni las menos absurdas, las que podían producir el milagro esperado.

Cambiarán continuamente de formas para su aspiración íntima: podrás ser clasificados aquellos en extremos opuestos, pero siempre el deseo bien hondo de su alma será el mismo, y él solo, igual siempre, siempre palpitante obligará a esos cambios de aspectos que nada representan en sí, y que solo sirven para que se apoye momentáneamente el espíritu para el impulso que tiende hacia el supremo ideal. ¡Infelices de ellos si habrían de esterilizar por completo ese tesoro interno, detenido en su acción, mientras meticulosa y decepcionada, fuera buscando la mente, aquello que más resistiera los ataques de la crítica. Más infelices aún si además de perdida la juventud en esa vana tarea artificiosa, tuvieran que confesarse al fin que no se ha vivido buscando sólo una verdad que se sabía

jamás sería alcanzada, y que todo el esfuerzo que pudo concretarse, dió como único frutos la persecución de un ideal que no podía tener encanto por infecundo y por falso... Jugar que se investiga y se desespera por atrapar algo, y se tiene el convencimiento que es imposible... ¡Hacer el simulacro del vuelo del espíritu al infinito, y hay la convicción de que ese infinito no podrá ser alcanzado. ¡Infelices de quienes seriamente presentan tales cosas, ingeniosos hombres que se pierden con sus artificios estériles... Y todo, los incitaba sin embargo para que se diera tono y fecundidad al espíritu.

Marzo 26/918

Biblioteca "Prof. Dr. Antonio M. Grompone". Instituto de Profesores "Artigas"

03619.JPG
0003529

PRIMERA CARTA

Mi buen amigo:

¿Te asombras de que pueda existir un pueblo como el nuestro? Pero no crees que exagero, antes creo hago juicios demasiado benévolos. Un pueblo de intelectuales, aparentemente de sabios, y que, sin embargo, no produce nada, y su intelectualidad, estéril y ridícula, ni siquiera proporciona esa riqueza de vida interior que da un carácter al hombre. Pero nada. Ni un rasgo que demuestre el intento de buscarse a sí mismos, ni una obra que indique el éxito del intelectualismo. Pero no anticipemos que todavía no hemos de hablar de eso. Es el intelectualismo un fruto nacido por obra del exceso de universitarios. Si se intenta buscar la causa de esa cantidad de universitarios, se ha de pensar en dos caracteres esenciales: el culto a la apariencia, y la indigestión erudita. ¡Contradictorio dirás tú! Pero no es así. Se practica el culto de la apariencia. ¿Crees que, cuando dos intelectuales nuestros hablan, tratan de comunicarse sus secretos pensamientos, la actividad de su espíritu? Buen cuidado han de tener de ocultar, celosamente todo lo que allá en lo íntimo se mueve y se agita, si es que lo único que se mueve y se agita allí no es un poco de vanidad criolla y de soberbia hueca. No, nada de eso. Se confiesan mutuamente lo que saben. (Oye bien, que esto es interesante: saben tanto que todo se reduce a buscar el lado flaco de su interlocutor, hallando la obra que no ha leído, o que no ha oído citar). ¿Conoce ud. esto, y aquello, y la obra de A.B.C.? Y en unos minutos, toda la producción universal analizada, comentada, destruída o ensalzada.

(No hay tiempo para términos medios, en este país donde se marcha a prisa, se aprovecha el segundo y nadie hace nada). Luego salen ambos convencidos de la inferioridad de su contrincante. Han aparecido, y no se han preocupado de otra cosa. De ahí, que el profesorado universitario sea una ridícula cátedra de memoristas. La teoría de A. puede refutarse con la de B. etc.

La cuestión no es, pues, estudiar a fondo el asunto. ¿De qué vale eso, si nadie sabrá tu fatiga intelectual al pensar hondamente? Pero qué fácil de juzgar la obra teniendo en cuenta la cantidad de autores. Y he aquí explicado el por qué del segundo carácter: culto de la erudición. Pero eso no es

03514.JPG
0003427

ser erudito, dirás. Convenido, ¿pero cómo quieres llamar a ese carácter? La erudición sería indudablemente, aunque bastante inútil, el mérito de todo laborioso hombre que cumple honradamente con lo que se propone, que no mistifica, y trabaja mucho. Inútil tarea en verdad, porque a los pocos beneficios, ¡cuánto tiempo y cuánta energía perdida! Empleada en levantar hospitales, en curar heridos, en labrar la tierra, hubiera producido más resultado, hasta habría dado más riqueza espiritual. (Esto que parece ironía, mucha verdad encierra. Piensa en la riqueza espiritual de aquél que, sabiéndose incapaz de ser conductor de hombres por medio del pensamiento, pone todo lo que posee al servicio del hombre, en cualquier oficio, humilde aunque sea, pero santificado por ese propósito. No pudiendo dar libros de pan, da consuelo, quizás de la salud a los demás. Esto es, sin duda, enormemente bueno, pero muy pocos son los que confiesan honradamente su inutilidad en la actividad intelectual. Por eso es tan meritoria tal determinación.)

No existen aquí eruditos honrados y sinceros, creyendo como en el evangelio, en su arte. Pero lo más interesante no es eso. ¿Crees que nuestros eruditos conocen mucho, hablan mucho, dicen muchas cosas nuevas? Te los imaginas conociendo grandes cosas? Un nuevo engaño. No olvides que estamos en el país de las apariencias y que de apariencias se es erudito. Alguien un buen día, lee por casualidad una obra de antropología, no importa cual, buena o mala lo mismo da. Habla de lo que otros no han leído. Al principio nadie considerará eso extraordinario, algunos llegarán hasta criticarlos; pero al tiempo, una persona más ingenua que las demás, se acordará del asunto, y correrá la noticia, y hete ahí el sabio, el erudito, el antropólogo hecho. ¿Su obra dónde está? Mira que si se puede obras a quien tiene fama, se corre el riesgo de ser mirado de muy mala manera. Pero aún tenemos otra clase de sabios e intelectuales, aquellos que hablan de algo que nadie ha leído, y en este pueblo es muy fácil hablar de algo que los otros no conozcan. La manía de los intelectuales por descubrir teorías o hablar de lo que se imaginan poco conocido. ¿Quién resiste a la tentación de ser maestro, y maestro acatado, puesto que habla de todo aquello que no puede estar al alcance de nadie? Un conferencista

03515.JPG

0003428

no descenderá a la vulgaridad de disertar sobre temas conocidos. El valor de sus ideas importa poco, y ni siquiera conviene poner en tela de juicio si las tiene o no. Lo esencial es que el asunto sea desconocido, que nadie pueda sospecharlo, aunque no se diga nada hondo, ni se exponga nada sugestivo. Pero algo distinto a lo que todo el mundo puede decir se ha dicho, y ya bastante se ha conseguido. Hasta en esto, y principalmente en esto predomina el culto a las apariencias. El afán de buscar lo nuevo, no es sino una última forma de aparecer. No hace mucho discutían dos ilustres intelectuales sobre quien había sido el primero en conocer una obra de un antiguo poeta, bastante malo o insignificante. Sin embargo, se dijeron las más groseras palabras, no pudiéndose convencer con ideas. (¿Tendría ideas alguno de ellos?) Y era risible y hasta era doloroso contemplar este pugilato desdorado, y este ridículo gasto de energías.

Posiblemente ninguno de los dos se consideraba con talento suficiente para hacer obra buena en sí, o de algunos resultados, sin que influyera en su valorización una simple cuestión de prioridad, que debía ser harto insignificante cuando los lectores no habían sentido la necesidad de conocerla. ¿Hay mayor pobreza de espíritu que la de confiar a la casualidad que dé méritos a nuestros esfuerzos? Mayor miseria espiritual, y desconfianza de sus méritos que creer en la primacía para valorizar una obra, confesando desde luego que su primero y quizás único mérito consiste en eso solamente? Imaginate a Shakespeare preocupado por ser el primero en escribir tragedias estupendas en Inglaterra, cuando lo único que le interesó de verdad fue el que sus obras valieran; y tanto lo consiguió que a través de los siglos no puede hablarse nunca, en ningún país, en ninguna época de obras maravillosas teatrales, de creaciones geniales, sin que acuda al espíritu su nombre y su producción, sin pensar en la época ni el momento de su aparición. Verdad que esta última concepción es imposible suponerla en Shakespeare, cómo sería imposible suponerla en nadie que creyera sinceramente que algo bueno producía su cerebro. Es la confesión más desgraciada de la nada que se hace.

No todos, sin embargo han de poder ser descubridores de poetas desconocidos

03516.JPG
0003429

o de bellezas ignoradas. (Cuántas de esas cosas que se descubren no tienen otro mérito que aquél que les da el descubridor, desesperado por tener su obra nueva que presentar a los ojos atónitos del pueblo!) Se necesitaría que el pasado fuera una perspectiva eternamente agrandada, y por desgracia no es así y se hacen difíciles los descubrimientos. Se encuentra, sin embargo, solución al inquietante problema. ¿Crearás que produciendo uno mismo obra nueva, haciendo trabajo personal, exponiendo sus propias ideas? Jamás. Si así se hiciera, ¿dónde quedaba el prestigio de los autores, el brillo y el valor de la erudición, la autoridad de la vieja Europa, agonizante para todos menos para nuestros incautos intelectuales de cristalino cerebro? Ahí están las nuevas doctrinas, las teorías nuevas, que saliendo del cerebro del sabio vienen a esta tierra fértil para ser divulgadas. Desesperación por obtenerlas primero, por ser el primero en decirlas, primer loro que aprendió esta teoría y pudo repetirla, etc. Tiene una atracción misteriosa casi lo moderno. seduce y subraya a nuestros intelectuales. Lo moderno tiene más prestigio que lo actual o lo pasado, por eso es moderno; y hasta como única razón por la cual se acepta algo se dice que es más moderno. El último código, la última ley, la última teoría, el último libro, atrae irresistiblemente la atención, concentra la mirada de aquellos que han encontrado al fin modo de continuar la vida de maestros superiores enseñando lo que otros no saben: ellos han aprendido lo que falta de tiempo a los demás para aprender. Un poco más inteligentes que la generalidad, quizás con más hábitos de trabajo, un poco más sinceros, y sin tantos defectos, surge de pronto alguien que puede conquistar su público: si no se hunde por el coro de envidiosos, de escépticos o de perversos, acatado y todopoderoso tendrá su público, que, cuando más ignorante sea, o menos personalidad tenga, más sabiduría atribuirá al maestro y más originalidad a su doctrina. El maestro lo dijo, como lo dice el maestro, el maestro ha opinado, y rivaliza entonces en autoridad con lo moderno y lo extranjero. ¿Quién se atreve a combatir una sola idea del maestro? Quien pretende saber más que el maestro? Extraña osadía, mayor aun quizás que la de aquellos sacrilegios que un día quisieron poner en duda el poder de los dioses; porque dioses son indudablemente nuestros maestros. No hace mucho un

03517.JPG
0003430

pobre profesor intentó rebatir doctrinas de uno de esos espíritus tan privilegiados; puso en ello todo el empeño de un estudioso y de un convencido. Desde la prensa se fulminó el audaz. Había que respetar al sabio, que había muerto, porque era gloria nacional, había que acatar sus ideas, como homenaje a su memoria y a su extraordinario talento. Uno piensa tristemente en lo contradictorio de esas dos actitudes y en que, si hay una honda admiración y comprensión al maestro determinado como a aquel que pudo realmente perseguir la verdad, estaría en ese balance continuo, desapasionado en cuanto a estudios y admiraciones de persona, enormemente apasionado en cuanto se intenta obtener algo más valioso que un amo al pensamiento; ese balance de doctrinas o ideas que pudieron basarse en falsas premisas. Y se repiten mentalmente, queriendo sacarles el más íntimo pensamiento aquellas palabras que Rodó pone en boca de Gorgias, en el momento supremo, como última y definitiva recomendación a sus discípulos: Brindo por aquel que me venza con honor en vosotros. Si en verdad se ha perseguido un ideal, éste será valioso en

cuanto pueda conseguirse, y todo lo que a él pueda llevarnos es desde luego legítimo y respetable, aun cuando esos pasos nos lleven a poner en tela de juicio definitivo de que podamos repudiarlos, y si no los merecieron que caigan porque nos han mentido.

Así pues, esta miseria espiritual nuestra nos hace doblemente injustos: en la consagración excesiva a los hombres y en la negación también excesiva, a otros hombres de la facultad para poder someter a inventario prolijo y sincero a aquellos. Y es así que quien empieza por trabajar renovando, inspirado en una tolerancia profunda hacia todos, termina por infiltrarse esa hermeticidad del ambiente y se hace rabioso dogmático, aun predicando el fin del dogmatismo. ¿Te imaginas a un hereje fanático, clamando contra la herejía, en plena Edad Media y exigiendo se implante los tribunales depuradores de la Santa Inquisición? Lo que así descarnado y brutalmente expuesto, parece monstruoso y absurdo en lo que ocurre en este dichoso país de intelectuales, de bachilleres y doctores.

Ahí tienes a donde llegan nuestros hombres cuando poseen una inteligencia un poco superior a la corriente. Los demás ya te imaginas cómo han de resultar con su erudición. A pesar de que se les clasifique de inteligentes,

03518.JPG

0003431

conviene desde luego aclarar un poco el asunto: son inteligentes aquellos capaces de repetir pasablemente las ideas ajenas, de decir lo que los demás opinan y de asimilar de este modo unas cuantas doctrinas ajenas, deformarlas un poco y largarlas en la ocasión oportuna. Pero es claro que esto no puede hacerse sino a costa de la claridad en la acción. En pensamiento todo se plantea fácil, en la realidad, son incapaces de trazarse un camino no ya bueno, sino pasable. Saben mucho: he ahí todo. En otras partes estudian los hombres menos que nuestros intelectuales, no conocen tantas teorías, no saben lo que opinan todos los autores que han escrito sobre el asunto, pero saben eso sí, lo que ellos mismos piensan, y conocen el terreno en que van a actuar por haberlo observado por sí mismos, bien minuciosamente. Aquí obramos a la inversa: no tenemos tiempo de interrogarnos, no sabemos lo que pensamos, porque no tenemos tiempo y porque francamente ofuscados con el brillo de tantas ideas ajenas ¿quién va a interesarse por pensamientos modestos? Y ya te lo digo, lo esencial es que podamos figurar, y en último caso, presentaremos como nuestro algo ajena. (Te asombrarías de la cantidad de plagarios que hay entre nuestros jóvenes). Por otra parte nuestro modo de enseñar y de aprender es único: los programas exigen que sobre un asunto determinado se conozcan esencialmente tantas teorías: cuatro, cinco, seis, y el que presenta ocho o nueve es superior indudablemente. Es preciso leerlas, conocerlas, y esto desde luego te quita tu originalidad: desapareces ante las personalidades ajenas. Y después, te cansas tanto cerebralmente, que no solo te falta tiempo para otra cosa, y se amolda tu espíritu a ese trabajo de esclavitud intelectual, sino que cuando quieres pensar ya tu cerebro no obedece, es una máquina agotada; y por saber mucho, al fin resulta que ni siquiera se sabe de qué se trata. Ocurrió no hace mucho un caso interesantísimo: un agricultor preguntó si una porción de terreno era o no apta para plantar no sé qué semilla. Se acudió a un agrónomo, brillante titulado, estudiante de notas altísimas, quien consultó no sé qué cantidad de obras, escribió un informe extensísimo diciendo que los autores tales y tales creían que podían hacerse, otros tantos que no podían hacerse, analizó prolijamente y criticó las experiencias de todos ellos, indicó cómo debían hacerse los trabajos, pero cuando llegó el momento de dictaminar sobre aquello que era objeto de consulta,

03519.JPG
0003432

terminó diciendo que para el caso era necesario la experiencia, que no se podía opinar en teoría. El agricultor largó la carcajada, diciendo que para eso no era necesario consultar tantos libros, y que se hubiera ahorrado tiempo y energías con hacer desde un principio aquello. Ahí tienes un caso típico. Toda una biblioteca, copiosa y grande necesitarás para seguir esos trabajos, pero más preferible hubiera sido que en vez de emplear así el tiempo hubiera sido a echarse tranquilamente al Sol: seguro has de estar que, después de tanto esfuerzo, se te ha de dar como solución la de aquel meteorólogo del cuento que, observando seriamente las nubes, habiendo tomado la dirección del viento y la temperatura concluía doctoral: "compadre, puede ser que hoy llueva, pero también es posible que no llueva".

Si algún día tienes que tratar, pues, con nuestros intelectuales, pregunta antes si han obtenido éxitos universitarios, y si los han obtenido, ríete de ellos, que, salvo excepciones, estás en presencia de un "burro cargado de libros" como nos decía nuestra maestra. No creas que la inversa es exacta, porque hay algunos que tan tontos salieron, que ni para universitarios sirven.

Toda la disciplina universitaria ha consistido en desarrollar una memoria habilísima en recordar ideas de otros, cuando más a razonar con ajenos principios y con métodos extraños. Se han olvidado los maestros de pensar en la acción necesaria y por tanto no te asombres de que resulten luego estos universitarios tan ridículos. Creyeron que toda la vida podía reducirse al eterno juicio basado en libros, y en las concepciones que vienen del extranjero, principalmente de esa Europa, que tanto mal nos ha hecho. (Debe decirse solamente el mal porque el bien todo el mundo lo conoce y lo exagera, y si resultara que se dijera que Europa ha hecho mal y bien, este eclecticismo, en vez de ser tomado como superioridad, tendría como gravísimo inconveniente que el mundo, sin cesar confiado, se diría que habría que tolerar lo malo en beneficio de lo bueno, así en vez de haber resultado beneficioso al juicio **didáctico**, habría sido una lamentable e inútil pérdida de tiempo y de esfuerzo.

Bien sabes que los hombres difícilmente quieren convencerse que hay algo de malo en lo que hacen; fuera de alguna serie de "originales" que pretenden sentar plaza de independientes yendo siempre contra el espíritu y el criterio

03520.JPG
0003433

de la personalidad; y bastaría por tanto que supieran tiene algo bueno su pensamiento o su acción para que, hallando en ello una estupenda justificación se quedarán en sus posiciones esperando mejores tiempos o simplemente otros tiempos que los forzarán a moverse, a cambiar de sitio y a buscar nuevos acomodos) Estos países me producen el efecto de los nobles de falsificación que tanto abundan no **hace** mucho por esas tierras arcaicas, que copiaban servilmente a los nobles de verdad, y, como todo no podía ser exacto y se temía apareciera bajo el barniz la corteza tosca y villana, pasaban por los salones graves y estirados, apretados en sus vestimentas tan pulidas y costosas, conteniendo la espontaneidad de un gesto, haciendo solamente lo aprendido, con timidez y gaucherie que delataban enseguida al buen personaje no criado para esas andanzas. Aquí parece que nos faltara esa espontaneidad de carácter y estos pueblos andan también

estirados y molestos con sus instituciones copiadas de Europa la noble, de donde sacan modos, hábitos, planes de estudios, instituciones políticas, hasta los vicios, de cualquier clase que sean, que son aquí elegantes y tolerados a pesar de lo repugnantes e inmundos que pudieran ser. ¿Quiere alguien innovar? Busca en su biblioteca, si no ha ido personalmente a esas tierras de bendición, las obras que hablas de los países modelos, y todo esto hecho, un cambio de nombres, medida del traje modelo, para el cuerpo del villano y ya está. Y como los advenedizos tenían en las cortes galantes sus nobles favoritos en imitarlos, tenemos aquí también países favoritos de todos los del Viejo Continente.

Ya te habrás preguntado cómo viven y qué hacen estos universitarios, que no realizan nada práctico, ni sabrían hacer nada inteligentemente. ¿Cómo viven? La carrera ha sido un medio. Luego quedan adheridos a la institución que les ha dado vida, y donde por cierto tienen ancho campo para desarrollar sus condiciones. Ayudan así a moverse y vivir esa institución que se llama Universidad, formando nuevos elementos que han de tener sus mismas aspiraciones y sus mismas aptitudes, y que son la razón de su existencia, como ayer ellos la fueron de otros. Una minoría busca otros campos de acción, y muchas veces hasta se ven perjudicados por una disciplina adquirida; otra cantidad vegeta

03521.JPG

0003434

miserablemente, sin producir nada, sin comprender nada en una sociedad que los tolera y hasta los necesita, como enfermedades de moda, o quizás como un remedio que obra más por sugestión que por su eficacia real, en momentos en que sería necesario evitar algún mal. Y por excepción surge alguien que va independientemente a la conquista del ideal, pero que cae casi siempre agotado en mitad del camino, porque aquellos que no han sabido gritar contra nada, tienen reservadas actitudes teatrales y frases sonora y hasta principios teóricamente generosos cuando hay alguien que hace precisamente lo que ellos dicen. En el fondo la gran cuestión es esta: creamos intelectuales porque son necesarios para que surjan nuevos intelectuales y hasta hay cantidades enormes de titulados cuya única finalidad consiste en hacer factible la existencia de una institución social, que está únicamente para producir aquellos titulados ¿entiendes este círculo vicioso?

Voy a terminar esta carta, porque, surge desde luego una duda en mí: ¿no irás a creer que haya en tu amigo solamente un poco de rencor acumulado, despecho o envidia? Cuando leas esto debes sentir la impresión de que detrás de cada una de mis observaciones, forzosamente ha de haber un nombre y un hombre que las sugiere, que ese nombre falta únicamente para que esto, que trata de ser unas reflexiones impersonales se conviertan en chismes de conventillo, como decimos por aquí, conversaciones de charlatanas, que gozas con hacer disección de vida ajena, para exponer sus miserias y las desdichas de los demás. Todo lo nuestro tiene ese carácter y no es raro que mi carta siga la regla general. Nos convencemos todos, seguimos cuidadosamente la vida ajena, cualquier persona de relativa notoriedad es nombrada en todos los círculos, y no pasa inadvertida, por tanto reducido todo conocimiento a este ambiente separado del mundo en realidad, aunque en contacto con el, debemos preocuparnos por nosotros y no hay forma de hacerlo mejor que conociendo la fuente de las obras e ideas que aparecen: los hombres. Y vaya uno a estudiar a los hombres sin pensar en lo que han sido, cómo se han formado, si son inteligentes, con ese modo de juzgar que tienen los rivales y los amigos, extremo y falseantes en todo. Qué marcada señal de personalismo tienen todos nuestros hechos, nuestras creencias. Amigos o enemigos de una persona significa aquí lo mismo que en

otros lugares, el ser

03522.JPG

0003435

de una creencia filosófica u otra. Nuestra política, nuestra literatura, hasta nuestra filosofía (¿tendremos una filosofía? Bueno, creo que lo único que tenemos es un grupo de hombres que han leído a W. James, el texto de Janet o Boirac, y algunos otros más sabios, más eruditos, Bergson, Le Dantec y filósofos de los más conocidos.) Todo eso, no es sino una serie de bandos cuyo origen está en una amistad o antipatía. Los franceses pelean con cañones con los alemanes pero destruyendo la carne no han quedado contentos, ahora quieren destruir hasta la gloria artística o científica de Alemania y demostrar que frente a frente están dos intelectualismos y que la guerra será completa en su acción destructora cuando hayan arrancado los dos gérmenes nocivos: política internacional alemana y la influencia intelectual alemana. ¿Hacen bien? No me interesa juzgarlos. Nosotros somos más modestos y realizamos eso mismo en mayor escala. ¿Qué A se enemista con B? Los dos son intelectuales, y la enemistad ha sido porque A, no saludó a B, con suficiente cortesía? no importa. Es preciso aplastar a A aún en sus cuestiones intelectuales, en su obra, porque la obra y A forman un todo completo. Hay mucha filis, mucha rabia, apasionamiento si quieres en esta lucha de hombre a hombre, que no llegan a materializar los ataques pero se odian. Y extiende la esfera de acción de cada uno a los parientes, a los amigos. ¿Cómo generalizar cuando se personaliza? ¿Qué piensan aquí del socialismo? Ah, sí, pregunta más bien que se piensa de Idomeo que es su leader y sabrás que partidarios tiene o cómo se le trata.

Nosotros vivimos en una atmósfera así, saturada de ese odio y de rencores contenidos (no olvides que puede costarte tu opinión libre el envío de los padrinos o que cualquier quidam te ofenda públicamente, a tí en tu misma cara.)

Así pues, simpatías y repulsiones y hasta renovación intelectual viene de la influencia de hombre a hombre. La monotonía de las horas intelectuales pasadas o pérdidas analizando ajenos defectos y méritos ajenos, de nombres y de hombres, demasiado próximos a uno para que pueda juzgarse el esfuerzo sin asociarla a la figura que vimos pasar a nuestro lado, ridícula o insignificante, interesando a veces, la generalidad perteneciendo a un círculo y a una casta distinta de la nuestra. ¡Por qué tenemos castas, y hasta apellidos ilustres que no tienen una antigüedad mayor de medio siglo! Es posible así comprender que la influencia mayor viene, no de la idea nueva, sino de las

03523.JPG

0003436

nuevas amistades, que traen con sus conocimientos pacientemente y dolorosamente adquiridos una nueva perspectiva que ha de atraer. Mientras se permanezca en el mismo núcleo lentamente se va produciendo la nivelación de las ideas, profundizándose unas, adquiriendo otras, trabajando laboriosamente todas, sin que surja un aspecto nuevo, sino simplemente sistematización del actual: cuando se puede salir de uno mismo y mirarse como lo deben mirar los extraños, te das cuenta que has permanecido estacionario, que no has adelantado nada en la penetración de la vida: ¡y, sin embargo, pasada la hora, resignadamente, con esa necesidad tan martirizante de lo irreparable has de continuar una vida que la sabes definitivamente perdida para la suprema emoción!

Nadie se atreve a iniciar algo absolutamente desprendida de los circuillos y de las cuestiones de café o de barrio. Y el escepticismo nuestro, es como habrás visto un escepticismo que ni valor tiene para herir. No hace sino babear y largar bilis, rabia contenida y nunca una idea pero idea en sí misma que pueda convertirse en acción serena, valerosa, fecunda. Y no nos damos cuenta de esa particularidad de nuestra atmósfera, que nos da carácter especial.

Cuando queremos escapar del ambiente razonamos muy bien, nos trazamos una vía recta, luminosa, única. Y luego el problema. Miramos desde adentro, nosotros estamos también en la danza, ¿cómo distinguir lo que es de lo que no resulta sino del movimiento de las otras parejas y de la ilusión y de nuestros sentidos desgastados por una especialidad sensorial, habituados a un modo corriente de apreciar lo exterior a ellos? Es una simple cuestión de psicología elemental amigo mío: consideramos fresco el aire a 80 kilómetros de velocidad, en un auto, y nos ahogamos en mitad del camino, y sin embargo era el mismo aire en un caso y otro. Acostúmbrate al aire nauseabundo de una habitación y lo encontrarás muy respirable, y no sabrás nunca, por más que te esfuerces luego, como es en realidad el aire que respiras. Y así nosotros. No te asombres pues, si en esta carta y las otras hay debajo de la impersonalidad que quiero dar mis reflexiones, espinas envenenadas, que hieran tu tacto delicado: resultado del entrenamiento diario, y a veces por no poder retirarlos, porque ya mi tacto se ha encallecido para sentirlas y no las advierte, o ya porque siga la corriente acostumbrada y me olvide que a tí poco han de interesarte estas rencillas

03524.JPG
0003437

de nuestra vida de pueblo-familia, familia pobre, bien se comprende, y que, tanto la ociosidad, la ambición y el ansia con que codiciamos las esplendideces ajenas, (las propias no le llegará jamás a comprenderlas) haga que cada uno mire con recelo a los otros miembros de la familia, por temor de que llegue a gozar un poco más de lo debido de las bellezas de la vida. Desgraciados, todos pasarían sonriendo a la desgracia, siempre que esa miseria se viera a las claras. Únicamente entonces serían Jeremías. Ahora son Jeremías y son malos hermanos.

03525.JPG
0003438

SEGUNDA CARTA

Julio ha muerto. Tú conociste a ese hombre, sentado todas las tardes en la silla más próxima a la calle, del mismo café, con la misma rueda de amigos, de cero valor espiritual. Te acuerdas que me dijiste que un día que la impresión que producía en ti, era la de un hombre que se consume en una fría sonrisita, como alguien que se mirara roer su cuerpo y que se destruyera en esa única manifestación de vida, después de haberse reído también fría y silenciosamente con hiel y desprecio simulado, (rencor?) de todos los demás. Y viste bien en esa escuálida figura, de cuerpo de rana, insignificante corporalmente como lo era de espíritu. Pero lo que no viste entonces es lo que había de trágico y de doloroso en esa vida: su insignificancia era tristísima, vecina del desencanto supremo, porque había aspirado mucho. Formó parte de un cenáculo de hombres escogidos, todos venidos de su pueblo para conquistar la gloria, y él más que todos tuvo su orgullo de super. Y de ellos sólo recibía manifestaciones inferiorizantes. Todos ellos han triunfado. Uno Quiroga, otro Brignolo, etc. El, vuelto a su pueblo, hacía la vida de fracasado sin haber tenido el valor ni la inteligencia del renunciante, tan miserable espíritu que aún allí intentaba conquistar ese pueblo de ignorantes y de mediocres. Aquellas veladas literales: primeros en un país de ciegos, quienes hubieran deseado ser primeros en el mundo!

Qué desdicha y qué fracaso! Por lo menos sentir la belleza de la vida intensa, pero así!...

La sonrisa que tenía al hablar, cuando de ajenas reputaciones o de triunfos ajenos se trataba en incisiva y cruel, en los labios incoloros y secos.

Esa sonrisa permanece grabada cuando se la ha visto una sola vez, y produce más mal que la más cruel y más sutil de las frases hirientes. Fue en una hora de ingenua confianza, o en un momento de serenidad confiante, cuando de labios conocidos, a quienes se hablaba con toda intensidad, surgió esa sonrisa que mató de raíz la sinceridad es la frase espontánea. ¡Qué mal hacía esa sonrisa, Dios mío! Era perversa, irónica, despreciativa, qué sé yo, pero era una sonrisa que hacía mucho mal, y a cuyo recuerdo se estremece todo nuestro ser.

vimos un espíritu asomado a unos labios, pero que sequedad virtuosa, y qué desierto de pureza. Y nos sentimos bruscamente rebajados, envuelta nuestra propia

03526.JPG
0003439

alma en un vaho de bajeza nauseabunda. Con el pensamiento nos habían colocado y comprendido en una forma tan distinta de lo que era en sí, y tal vigor de pensamiento brotaba de la sonrisa escéptica, que nos sentimos inferiorizados: no era un juicio sobre nosotros, era una fuerza que nos envolvía influenciándonos y salimos con ganas de purificarnos, si hubiéramos podido, frente a Dios, en la intensidad habríamos hecho una de esas arrepentidas confesiones que lavan de pecados y de malos pensamientos a los hombres, quizás nos habríamos puesto a llorar silenciosamente si no temiésemos por el debilitamiento que había de suceder.

Hasta creo que sea un mérito contentarse con esa vida silenciosa en que uno se penetra de vida y reina en sí mismo, pero cuando voluntariamente se ha querido eso, sacrificando toda la apariencia de la vida, como esos espíritus que temen en la marcha triunfal la desdicha

que fatalmente ha de ensombrecer la belleza de lo que viene. Renunciar a todo pero con la conciencia que se ha renunciado como un espontáneo impulso de todo el ser, y no por debilidad o por falta de medios para llegar a lo deseado. Lo mediocre y lo inferior está en esa deserción cobarde a lo que se consideró ideal y que no se tuvo fuerzas para realizar: poner un abismo entre lo que hubo de ser sentido de la vida y lo que muestra debilidad hizo sentido de la vida. Pero si valientemente, franca y lealmente se han hecho desaparecer todo lo que pudo representar tendencia enfermiza o vanidosa, aparatosa expansión de espuma; si desechando sin rencores lo que pudo ser halagos en la corriente, se busca el verdadero sentido; si apartando sin manifestar ninguna contrariedad, ni desprecio, ni enojo lo que representó la vida fácil y deslumbrante, se piensa en ese silencio fecundo y en esa vida hermosa tan solo para nosotros, en que cada auto o cada línea tiene armonía y vibra solo para nosotros, tosca y vulgar para todos; entonces si puede considerarse grande y sabio al hombre. Acuérdate sin embargo de aquél espíritu que envenenaba la tranquilidad de su existencia, con el ataque malicioso y envidioso a los demás, piensa en aquel que hubiera deseado

03527.JPG

0003440

destruir a todos, para que, frente a ese desierto de almas dolientes y miserables, y la suya hubiera podido justificarse de su inmensa sequedad y de su aparatoso vacío.

El mal de nuestra cultura está en que no pensamos para la acción, habiendo hecho de la meditación tarea dolorosa y difícil, por cansancio cerebral, por exceso de erudición desorientada e inútil. Tu te imaginas que superexcitabilidad debe tener nuestro pensamiento para acaparar todo lo que se produce en esos dichosos países de ultra-océano. No nos resta tiempo para pensar en nosotros mismos abrumados por el bagaje de ajenas ideas, pobres mozos de cordel que transportan riquezas en sus hombros pacientes, licores exquisitos que jamás sus paladares han de poder saborear.

Marchan nuestros cuerpos completamente separados de la acción directriz espiritual como autómatas que, en presencia de hechos nuevos se detuvieran vacilantes hasta que el movimiento surgiera de una adaptación del mecanismo viejo, a las nuevas exigencias. Y francamente poco favorable a la expansión de nuestro orgullo es todo esto, y poco habla de nuestra intensidad de vida propia, esa forma de abarrotar el cerebro para que no se aproveche de riqueza espiritual el yo. Resbalan sobre él todas las influencias y pasan sin dejar huella, si la dejan, no es una transformación sino de modo de pensar: no variará, seguramente, el modo de vivir, porque, es una música lejana la música del alma, y el perfume de una virtud del espíritu, no ha de trascender materializado en el esfuerzo de todos en horas. Transformación absoluta de ideas, sin que cambie la norma de vida ¿quieres cosa más imposible teóricamente? Y uno piensa asustado, en esos hombres que han pasado por todas las fases, dolorosas o no, optimistas o amargas del pensamiento, sin que variaran una sola línea de su método de vida: el hábito de todos los días repetido, la acción invariable e inmutable.

Lo necesario es que cada acto nuestro, dependa en lo posible solamente de nuestro yo, y que todos sus efectos sean calculados como si el único espectador debiéramos ser nosotros mismos. Ninguna aspiración al aplauso, y ninguna atracción a la belleza por lo que pueda hacernos aparecer mejores a los ojos de los demás. Buscar el sabor original de las acciones, reconstruir nuestros

03528.JPG

0003441

sentidos, gravemente perjudicados por esta vida artificiosa que llevamos. La palabra modifica nuestras ideas para poderlas expresar, el giro de la frase se hace más o menos literario para halagar oídos ajenos, un estiramiento de todo nuestro ser para que trascienda lo que pueda aparecer como honorable o como bueno, mientras en el fondo todo eso resbala sin que deje huella definitiva, ni produzca esas transformaciones de espíritu tan fecundas en emociones y vida interna; y, si alguna cosa debe preocuparnos es que nada nuestro puede ser inspirado en vanidades ni exterioridades.

1917- (Primer semestre)

03529.JPG
0003442

TERCERA CARTA

“Mi sabiduría es de bien poco valor y muy dudosa, como un ensueño.” - Sócrates en el Banquete de Platón.

“Cultivamos interiormente un huerto de belleza”. Podría ser esta frase síntesis de tu carta. Y en verdad con eso solo has querido huir del problema palpitante y que tanto obsesiona. Yo no concibo cómo puedes acumular bellezas en tu interior y luego permanecer en cada uno de tus actos el personaje incoloro que se parezca a todo, o peor aún, como no ha de irradiarse esa belleza, y sentirse frente a cada gesto como si algo profundo e intenso lo inspirara. Vas a dividirte en dos, con una actividad distinta en cada parte y tu espíritu ha de sentirse ruborizado de una personalidad que lo acompaña y que le es absolutamente extraña; tú espíritu ha de mirar como a un intruso vulgar todo lo que no sea ese reino interior que has fabricado con lo más brillante de tí mismo con el cuidado con que se fabrica un bonito juguete que ha de distraernos durante horas. Solución bastante fácil por otra parte de un problema penetrante. Si el cuerpo y lo que a él se refiere estorba, lo primero que ocurre es separar lo uno de lo otro y ya se siente uno plenamente tranquilo frente a esa solución. En verdad angustia este miserable montón de materia que es preciso contemplar y atender. Cuando cae el día, y todo va integrándose lentamente, borrándose esos ángulos y esas caras y esas líneas definidas que separan las cosas, diferenciadas eternamente, en vez de la melancolía de los crepúsculos que tantos han cantado, tema obligado de suaves tristezas, se siente en **sanar** el espíritu, se es todo espíritu que va compenetrándose con las cosas, que las cosas lo van absorbiendo y dándole energía al mismo tiempo, haciéndose en fin uno con ellas, y entonces lo único que molestan, son los brazos, son las piernas, es el cuerpo, que se siente y que se quisiera eliminarlo, amularlo para que no actuara nada más que lo que hace pensar y sentir hondamente. Lo material detiene al borde del gran anonadamiento cuando se iría a conocer quizás la voluntad y el alma de las cosas. Un cerebro que se fatiga de pensar, unos sentidos que nos falsean las cosas, y nosotros, en espíritu, inmaterializados, sin pensar, bebiendo ávidamente las emanaciones del Pan. Cuando queremos interrogarnos

03530.JPG
0003443

para traducir el lenguaje comprensible lo que llegó a nosotros, la revancha de nuestro cuerpo se hace cruel e implacable porque no encontramos nada, nada, que no sea un recuerdo de un estado afectivo complejo. Fue un minuto único en que se sintió la separación del ser inmaterial y de la materia, y que hasta se llegó a mirar con extrañeza esta parte de uno mismo que no sirve para otra cosa que para falsear o perjudicar la visión de las cosas. (¿Puede hablarse acaso de visión y de mirada de las cosas? Esto es lenguaje de sentido y realmente en aquel momento no fue sino como si una emanación surgida de aquellas y que fue envolviendo la parte inmaterial, acariciándola tenuemente y transmitiéndole el vigor eterno, completamente distinto a todo. Que distinto sobre principalmente, a esta miseria material, que todo lo que alanza a percibir está impregnado de materialidad y, sin embargo, que fuertemente da la impresión de la nudez y el silencio

eterno de las cosas. Es la muerte!)

No es esa por cierto la actitud de los que guardan su morada interior, cuidadosamente hermoseada mientras sus actos se deslucen en una vulgaridad anodina, o se manchan en desviaciones faltas de carácter y de belleza. Y es ciertamente un temor al medio en que se vive que hace se busque acatar lo entronizado y hasta seguir la corriente viciosa, mientras en el fondo llora de angustia el espíritu por todos los desvaríos del hombre aparente; es, ciertamente una forma de sentirse poco uno mismo, o quizás con poco vigor en el concepto único, ese repliegue en sí, y esa ocultación de todo lo que pudo tener un significado colorido o intenso, que surgiera con el tenue calor divino de aquello que ha ido hasta cerca mismo de la gran verdad.

Demasiado flaqueza de espíritu sin duda se requiere para justificar todos los errores, toda la inocua actividad material lamentablemente perdida en cosas sin valor o de valor negativo, a base de servilismo a las ideas corrientes, de perturbaciones sensoriales satisfechas, o de degradación por falta de energía necesaria para salvar del desastre al cuerpo, aún cuando pueda presentarse al lado de toda esa miseria corporal, una actividad desusada y no entrevista de un alma rica de sugerencias y de ideas. Nunca he encontrado símbolo perfecto el de Santa María de Egipcíaca, entregando su cuerpo, como medio de realizar su obra piadosa, y menos pienso haya razón de justificar

03531.JPG

0003444

a los quietistas, con sus curiosas doctrinas.

Bien cómodo en verdad es despreciar lo que se califica de atracción corporal inferior, y es salvarse de una preocupación de cada momento no dar a cada detalle que sale de nosotros el carácter que ha de distinguirlos en la armonía completa, en el sereno equilibrio. Entregar el cuerpo a aquellos que han de ultrajarlo, que han de hacerlo indigno de la espiritualidad que se refugia bien adentro, y cuyo perfume no trasciende, ni se presiente en esa vida despreciable del organismo!!!

Solo puede justificarse esto, como idea sugerida en oportunidad para dar aliento a miserables pecadores, a desgraciados hombres que, obsesionados por lo infinito no tuvieran fuerzas para conciliar el vuelo deseado del espíritu y los apetitos o la debilidad de la carne, porque no solo el deseo que aulla avasallando, era el enemigo, sino la falta de vigor que no sabe salvarse, o que no encuentra el modo de sobreponerse a sí mismo, dignificándose. Y es también una caritativa mirada y una concesión piadosa, a esa falta de fuerza en la acción la que embellece el delicado relato del juglar haciendo sus juegos en honor de Nuestra Señora, el pobre e ingenuo juglar, que no pudo dar impulso definitivo a su deseo, para escapar al molde que aprisionaba la actividad de su vida corriente, orientándolo en un solo sentido.

Poco intenso es, pero concebir la belleza de la vida nada más que como una filigrana que realza solamente el valor bruto de la misma, como esos trabajos de artificios tan sutiles, tan fatigosos en su primor y que ninguna nota cálida agregan a las sensaciones corrientes, nada que no sea una manifestación fría de alabanza a la paciencia y al detalle. Reduciendo solamente a ese valor de detalle todo el precio de la belleza que puede vivirse, se reduce también la significación de muchos actos y de muchas formas de acción.

Que poca importancia puede darse a todo cuanto se justifica a sí mismo (¿de qué valen las justificaciones a los demás?) en la pereza o en la falta de elevación, con que las moradas permanecen constantemente iluminadas, y hay radiaciones sublimes que dan tonalidad a

todo. Desprecio por la vida material y vulgar. Pero si no hay un solo detalle que pueda ser vulgar o despreciable cuando se le da trascendencia espiritual, no hay absolutamente ninguna función

03532.JPG
0003445

que no tenga el mismo significado e importancia en el conjunto cuando todo se hace armónico y rítmico. Buscar la armonía, aún en la insignificancia de los actos corrientes. No puede haber un solo acto que sea completamente inútil para la belleza, si hay una sola vida completamente desprovista de interés. La belleza no es sino la trascendencia que da a todo nuestro propio espíritu en su esfuerzo por penetrar en el misterio que es cada cosa. Y cuanto más haya de nuestro espíritu como creación o explicación, más radiaciones de belleza ha de esparcirse en la mediocridad de un momento antes, y desaparece pronto entonces la opaca inferioridad de los actos "no superiores". Se abandona así ese concepto de belleza apegado a las formas convencionales, a la línea que se presta a figuras convenidas, a lo físico que recuerda el molde clásico, o al espíritu bebiendo a plenos sorbos nada más que el licor de otros imitado, apareciendo las moradas interiores en plena radiación, pero radiación artificiosa y casi comparable con los fuegos de artificio. No hay nada que merezca atención preferente, y la belleza de la vida está en dar trascendencia, en el conjunto armonioso, aún a aquello que corrientemente se presenta desprovisto de valor o de interés, en hacerlo todo con eficacia, como si un solo interno impulso presidiera todas las manifestaciones y modificara todas las afecciones. Si una imagen podría sintetizar esa vida habría de hacerse lo que aquel rey de leyendo que tenía de facultad de convertir en oro cuanto objeto tocara, aún aquellos cuya utilidad o valor fuera el más insignificante o humilde de todos. No en oro realmente, sino en una manifestación de uno mismo, de la cual no habría por qué avergonzarse o por qué repudiar, cuando estuviera fuertemente impregnada de nuestro propio espíritu, ni habría por qué despreciar, puesto que es la unidad vital la que actúa, y fuera de nuestro concepto convencional, nada puede ser más o menos brillante, más o menos importante, más o menos bello, y todo forma parte del mismo todo portentoso. Está nuestro espíritu en todo y acogido por el espíritu todo se sublimiza y se embellece, y ya no podremos hablar de un solo acto despreciable o vergonzoso, ni un solo pecado que podamos cometer. Y en verdad que la idea del pecado sólo puede ser concebida por quienes, con estrechez de miras, han tenido que repudiar, por falta de carácter, algo de sí mismo, a lo que se sentían inclinadas y no tuvieron

03533.JPG
0003446

carácter ni vigor para aceptarlo como natural y digno.

Ni la actitud de aquellos santos anacoretas que se horrorizaban miserandos cuando se complacía su espíritu con alguna suave reminiscencia, en la angustia de la vida del desierto, o en alguna visión diabólica, que hacía pensar en delicias y placeres; ni la de aquellos que, dando poco valor a los actos del cuerpo lo corrompían o degradaban para manifestar su desprecio, manteniendo siempre encendido el espíritu por celestial entusiasmo.

03534.JPG
0003447

CUARTA CARTA

“La primavera próxima ¡próxima! odio la idea contenida en esa palabra abominable, en esa palabra que torna ruin todo lo que goza de una dicha actual, una alegría presente”.
Ibsen, La comedia del amor.- Acto I Esc. 1

No puedo creer que la severidad en el juicio de todo aquello que entiendo sea perjudicial a la vida pueda ser una falta de tolerancia, como no creo que haya de perdonarse siquiera ese culto apasionado al brillo, al dominio explosivo de las turbas o de los pueblos. La tolerancia entendida como transacción con todas las ideas que no son las nuestras no es una virtud, sino una condición enfermiza de hombres sin energía y sin carácter. ¿No es, acaso, confesar, que se tiene poca seguridad poca claridad en las concepciones nuestras, cuando tanto se teme prescindir y hasta luchar abiertamente con las ideas ajenas? Condición superior indudablemente es la de quien en su vida, no desvía ninguna idea que pueda integrar su perspectiva del mundo, o pueda hacer más amplia y eficaz su acción; pero imprescindible en ello, es, desde luego que este acoger amoroso de lo bueno o armonioso sea acompañado por una decidida voluntad de separar todo lo que no tiende a ese fin. Debilidad y poca precisión puede surgir en esa intención con que se alimentan maternalmente cisnes y gaviñanes, tigres y corderos por no atreverse a clasificar de un modo eficaz la maldad de los unos y la cándida inocencia de los otros. Indiferente si quieres serlo frente a un problema de interpretación sutil, puedes dudar, mientras vivas, entre la sustancialidad o no sustancialidad de Jesús y su padre, pero, apremiante y fecunda en buenas o malas consecuencias ha de ser esa decisión entre ideas que se excluyan, o niquiera se distinguen, cuando la acción es la finalidad a perseguirse. Pero en todo no debe confundirse la ceguera segura, con la penetración un poco vacilante pero iluminada y obsesa por armonizar todo aquello necesario para la vida fecunda e intensa. Aún cuando puedas encontrar algo exagerada esta doctrina de la intolerancia activa, imagina el mal que la otra

03535.JPG
0003448

forma de concebir la vida produce a estos pueblos americanos, que no han sabido hallar aún la fórmula o penetrar comprensivamente. (Se ven tantos caminos, y en todos ellos parecen realizarse los ideales puro, que, al practicar la vida, en vez de la intensidad que tanto prometía, resulta una vulgaridad seca y escuálida: la sequedad desesperante de esos actos que no han costado ni lágrimas, ni sonrisas, ni siquiera la angustia de un momento de duda, o la serenidad de una visión esplendente o redentora). Acogemos demasiado las ideas ajenas para tener, siquiera en lo mínimo, que podamos excluirlas algún día. Si algo nos falta es que, en pensamiento al menos, hagamos un buen día una intolerante manifestación de nuestro espíritu tal como debe surgir sin influencias y sin pensar al modo de aquellos nobles de hechura reciente en su imitación servil por la arcaica nobleza de los antiguos blasonados. Y piensa que si hay algo realmente salvador en esta vaguedad y confusión de nuestro

pensamiento, es precisamente la acción. La acción debía acogerse con un espíritu de religiosidad superior; el rito religioso de estos tiempos, inspiración de un espíritu paanteísta, finalidad de nuestro ser; ya que toda solución ha de traer consigo sombrías cavilaciones y desencantos y meditaciones anonadantes o contrarias explicables condiciones innatas. En el origen las ideas fueron movimiento o por lo menos sucedieron simultáneamente el movimiento y la conciencia del mismo. Aún ahora basta la insinuación de una idea para que la fuerza de ella produzca el acto, o sea un movimiento interrumpido y trunco. Hay el germen de un movimiento que no tuvo el impulso necesario para ser terminado, quizás porque otras ideas lo detuvieron haciendo nacer distintos principios de movimiento. Lo cierto es que por un lado no ha quedado otra cosa que la idea con esa acción mutilada y empequeñecida, y del otro la acción sin la directriz necesaria. Y los hombres han hallado como juego interesante ese continuo brotar de ideas, cuyo peligro no aparece, desligadas por ineficaces de la acción. Y es un juego interesante en que han de buscarse las más sutiles combinaciones, o las más extrañas posibilidades de movimientos, que han de contentar tan solo, quedando en el rango de posibilidades. Cada idea, cada pensamiento, que normalmente debiera obligar al acto, cambiar la vida, no produce así otra cosa que una agitación espiritual que pasa solamente como un

03536.JPG

0003449

producto de ingenio. Pueden ser las concepciones audaces y comprometedoras, puesto que no tienen en sí otra energía que la necesaria para quedar eternamente como una tendencia al movimiento paralizada y aniquilada al nacer. Las únicas que pueden obligar son aquellas que tienen el vigor necesario: en espíritus corrientes, todas las que surgen paralelamente a la costumbre, a lo establecido, a la creencia del medio ambiente. Los otros son explosivos sin mecha ni fulminante, y debía ser así desde que junto a la posibilidad de la idea concebida, se hizo surgir, subconscientemente (el vigor de estos actos subconscientes!) la idea de que no debía ni convendría que tuviera eficacia, que eran posibilidades tan solo en el espíritu, pero que no debían ser sino movimientos de espíritu, nunca prolongados más allá. Y contra eso es preciso reaccionar.

Desde luego, que todo lo factible en cualquier forma de ser transformado en movimiento, surja con la necesidad de crearlo, como consecuencia directa y que solamente se piense teniendo en cuenta esa finalidad de origen de las ideas. Y piensa, principalmente en esa dolorosa tragedia de quienes han querido dar eficacia a la idea, que han querido darle alcance de incitador a la acción, haciendo que modifiquen la norma de vida, la intensidad de los momentos que pasan, fuertemente caracterizados por su fecundidad de hecho, colocados por un espíritu elevado, fuera del automatismo corriente. Y han debido desesperarse pensando qué cantidad de esfuerzo era necesario para que en el más humilde de los instantes fuera el espíritu el indicador y la imagen se reprodujera en la vida eterealizándose espiritualmente. Al fin, un buen día al pensar intensamente la plasticidad de las ideas, la sinceridad eficaz del yo, encausado en una corriente más fácil y menos tempestuosa. Y han ido haciendo de las maravillas internas, formas aparatosas para ostentar como armadura reluciente e impresionante, inalterables y absolutamente invulnerables a fuerza de rechazar con su dureza las influencias externas. Y para formar las apariencias y la envoltura aparatosas hubo que ir sacrificando todo el material interno. Y no es solo eso. Cada una de las ideas que brotaban ingenuas en el fondo del espíritu hacía imposible la vida social, si se realizaba, y hubo que irlos ocultando todas, matándolas

lentamente, para que no perjudicara, a nadie, y de ese mimetismo

03537.JPG

0003450

del alma, surgió la coraza que asemeja a todos los hombres, vulgares y simétricos, buscando siempre el rasgo típico de los triunfantes, desenterrando la nota halagadora para los oídos de las turbas. (Los genios, sutiles desenterradores de la vanidad, considerada bajo un aspecto distinto del que se estilaba.)

Se alma uno cuando adquiere la convicción de que los esfuerzos se inutilizaron por una causa que era imposible vencer: parece que la seguridad de que fatalmente había de suceder así, diera una excusa satisfactoria, cuando esa fatalidad viene de afuera y no de nosotros mismos. (¡Quizás porque más que el hecho en sí, o la obra a realizarse, se ha pensado en el aparato o la forma de la obra.) Y, sin embargo, tan fatal e invencible ha sido la influencia de las circunstancias exteriores, ambientes adversos, o inoportunidad del momento, como la incapacidad de nosotros mismos para poner nuestro esfuerzo en la acción, cuando la acción será exactamente la idea. Y en definitiva más fatalidad pone la vida en destruir ideas por imposibilidades o incapacidades internas, que por fatalidades de medios no propicios: de ahí, en una época tan activa cerebralmente (la época de la idea y del pensamiento puro, cabalgando lejos de la corriente ordinaria de la vida) ese descontento que se piensa, y ese pantagruelismo que se vive. Elegías que etenbrecen las risas, y Benthán manejando toda la acción en todos los hombres.

¿Quieres convencimiento mayor de que todo no se saborea por sí mismo, sino subordinándolo a un fin que quita espontaneidad a la emoción del momento? ¿Podrías imaginarte las rosas menos frescas o angustiadas, en el despertar de una riente mañana, porque podía suceder la tristeza homicida de las tardes invernales? y es así, realmente como vivimos, destruyéndonos el placer de los goces puros, subordinándolos quien sabe a qué goce lejano o a qué sombra de goce que se vislumbra? Y por eso también el placer de sentir su pensamiento en la intensidad creadora, aunque estéril por la fatalidad de haber sido anémico, entristece y remuerde, cuando se calma musulmánicamente quien ha visto marchar contra sí las fuerzas implacables, con obstáculos materiales, y vuelve la paz a los espíritus acongojados. Y toda la vida, en los momentos difíciles, la encrucijada

03538.JPG

0003451

se presentará en las mayores nimiedades: será salvadora la reacción ajena que nos convenza de la imposibilidad de una acción libre nuestra, porque la determinación surgirá del exterior, y únicamente ha de permitírsenos, o desaparecen en el acto (a veces no) o seguir el único camino. Superioridad parece la de quien ha buscado más recta vía, huyendo de ilusiones que podían anonadar un esfuerzo, pensando en todos los motivos que podían ser determinaciones: bien sabe el alma entonces, que solamente se simulaba una sutil desorientación, que pretendía ganar tiempo hasta verse dominada por el primer venido implacable.

Se ha vivido espiritualmente tantas vidas y fueron ellas tan diversas que no quedó capacidad para realizar con eficacia una sola verdadera. Quizás hubiera sido menos agitada y menos tumultuosa la vida del espíritu (cuántos sueños y cuántas emociones: amamos a los héroes y vibramos de amor, llorando a veces y exaltándonos otras), pero al menos

habríamos mantenido virgen de ficciones nuestra alma, y todo lo que de emoción se hubiera tratado, emociones reales habrían sido, sentidas y vividas, largadas en carne y hueso, y no como espectros vacilantes y sombras esfumándose y confundándose a fuerza de responder al mismo sentimiento vital intenso.

Si habría que estudiar la vida actual, nada podría darnos una explicación del carácter psicológico como esa intensidad del placer que se busca. Concluídas para siempre aquellas armonías en la vida corporal, de suavidad y encanto: eterómanos, cocainómanos, hasta vulgares alcoholistas, persiguen vanamente sueños de espíritus enfermos, histéricos o hastiados, el placer punzante que condense en el vigor de un instante todo el lote de felicidad que está reservado a cada hombre. Y así en la vida espiritual. Y uno sueña con la serenidad de los pueblos que fueron, tan poco apegados a la individualización suprasensibilizada que caracteriza nuestra época. Pero lógicamente surge la idea fundamental que los diferencia. Aquellas naciones, menos numerosas en hombres que una sola de nuestras ciudades, aquel reducido núcleo en el cual se desarrollaba toda la vida, aquella santa ignorancia de un mundo vasto y conquistable, que hacía contemplar apasiblemente cada pequeñez que surgía (las horas

03539.JPG

0003452

y los días contemplando una estrella.) y hasta esa reducida historia que achicaba las creaciones posibles de vida. Cada pueblo pensaba en la historia de su pueblo. Los viajes, milagrosos viajes, que hoy cualquier pasante sencillo realiza sin asombro, permitían detenerse a contemplar cada cosa con particular cariño, muy lejos de la prisa por verlo todo, cuando hay mucho que ver. Cualquier modesto paseo a Europa de nuestros aburridos ricos -hombres, daría más tema, si a narrarse fuera lo visible, que todas las largas y fatigosas jornadas de Herodoto. Y suman y suman las pilas de libros, y crecen y crecen las cosas nuevas, y todas las civilizaciones surgen en imágenes, y todo seduce, y todo atrae singularmente impidiendo la serenidad del juicio y la seguridad en la elección de una vida. La modesta tarea que dejaba espacio para la meditación absorbe hoy principalmente la meditación; y la más noble y la más consoladora de las humanas tareas, ha tenido que adaptarse en sí misma, con su tiempo determinado; y es preciso buscar el momento de meditar, cuando la fatigosa lucha diaria, y la fabril agitación mental concomitante, deja ocasión propicia para ello. Lejos por cierto de esas vidas levantándose en la serenidad de una inmensa perspectiva, unida y armónica, sin ninguna brusquedad que cambiara disonantemente el ritmo de las líneas ni la sinfonía de los colores, bien lejos del deseo obsesionando los cerebros, sin fuerza para darle el impulso creador, consumiéndose en un fuego interior, como esos cirios que se consumen ante los altares de un dios muerto o de un dios impotente.

Y ha de compararse con esta vida nuestra: todo lo que pudo hacerse y todo lo que en realidad se hizo: ahí está el nudo vital de la cuestión, el problema, verdaderamente interesante. Cuando uno piensa en todo lo que pudo hacerse, cuando las horas han sonado ya con ese ruido fatal e implacable de lo que nunca más vendrá y se piensa en las circunstancias que favorecieron otros sueños, una inmensa desesperación y un gusto áspero viene a la vida, vulgar, corriente, arreglada metódica parecida a todas, y sin nada que pudiera distinguirla, ni darle siquiera ese color o ese tono de primavera, de ternura o de heroísmo. Se explican así esos ensueños audaces que arrebatan en el momento fugaz la atención de todos, que domina en las masas, y es hasta normal y

03540.JPG
0003453

necesario la aspiración al éxito, cualquiera que sea pero que dé un acre sabor al instante vivido, que desentone por lo menos con la corriente, y cuando no se tiene vigor ni músculo ni voluntad para ponerlos en juego (aviadores que vuelan al infinito, rabiosos, furiosos, ebrios de éxito; soldados voluntarios en cualquier guerra, exploradores y hombres de caza en cualquier región); es al menos ese placer distinto que aniquila consolando. Pobres nervios gastados y excitados que de cualquier modo quiere hacerseles dar una vibración más intensa que la que pueden herirlos; sueños fantásticos de mórbidos cerebros, encantos de voluntades destruidas, degeneración de espíritus que han buscado quién sabe qué extrañas voluptuosidades, vecinos a la locura, a la degeneración o al delito.) Y son, sin duda quienes no han podido dominar su voluntad, esa voluntad que tanto se alaba, que nadie tiene y que tantas víctimas hace por su concepción burguesa y pedante.

Acabo de hablar con un viejo compañero de estudios. Marchó solo y en campaña, no se preocupó por nada más que por lo que consideró un deber, entre gente que no podía entenderlo, y bien lejos por cierto de la cultura a que él podía aspirar. Con un título universitario y ejerciendo su profesión entre nuestros campesinos tan ignorantes, tan brutos y tan desconfiados, solamente un espíritu de energía indomable podría resistir. Y sencillamente decía: "Cuando me flaquea el espíritu pienso que todo será mi obra y que habré cumplido con mi deber; cuando me domina el hastío, miro los lugares por donde voy pasando al galope de mi caballo, me entretengo con la vida de los animales, ya que en esas soledades no puedo pensar en observaciones sobre otros hombres." Serena y sencillamente ha realizado todo aquello que nosotros meditamos hondamente por cumplir. Valentía y juventud en toda su acción mientras nos apegamos a la seguridad de las posiciones tranquilas y tememos la lucha áspera y agria aún cuando declamemos tanto sobre ella. ¡Qué miseria la nuestra, y qué riqueza de esperanza en la otra! ¿Comprendes ahora, como en la oscuridad de una vida reducida, puede haber radiaciones que provoquen la espontánea simpatía? Y es que en verdad en todas esas vidas, el sentimiento del deber fue más eficaz que el brillo egoísta a que podía aspirarse. Mi viejo amigo, así lo hubiera querido, habría podido brillar como todos, brillos efímeros de relámpago o de chispa, y

03541.JPG
0003454

prefirió esa intensa vida sencilla, santificada por esa santa paz interior que nunca hemos de tener nosotros los que mucho pensamos, los que volamos de pensamiento y vegetamos de realidad; y que ellos no han tenido por qué perder porque no pensaron sino en lo que debían hacer, y por debido siempre se obtuvo y se realizó. No hubo ensueños enfermizos, y no hubo aspiraciones contenidas, que mueven a envidia, o a despecho.

¿Comprendes ahora mi concepto de la vida?

Y el caso de Julio cómo contrasta en su miseria espiritual, de fracasado con sumido de despecho y reído con esa desesperanza de un alma desierta, con la sencillez de este pobre muchacho que no pensó jamás en escalar puestos, ni poner su afán en el aplauso de las muchedumbres delirantes, ni correr tras la fiebre de un éxito explosivo y asombroso? Julio me hace pensar en aquella joven protagonista de una obra reciente. (¡cuán intensamente se percibe allí la vaciedad para la vida oscura y sin embargo sorbida con placer), que no

viendo la posibilidad de adquirir la gloria, porque la muerte iba a alcanzarla antes de tiempo, con un golpe de audacia, rompiendo con todo, quiso beber con más impetuosidad el licor de la voluptuosidad que había de llenar el ansia inquieta de su espíritu y se entregó a los hombres, y fue cortesana brutalmente poseída, como si solamente hubiera una pequeña distancia entre el placer creador del arte y el acre enloquecimiento de los sentidos de una histérica. De una forma o de otra había que poner la vehemencia, para arrancar la admiración del mundo, o para sentir en una hora brevísima toda la voluptuosidad que había de llenar el ansia inquieta de su espíritu y se entregó a los hombres, y fue cortesana brutalmente poseída, como si solamente hubiera una pequeña distancia entre el placer creador del arte y el acre enloquecimiento de los sentidos de una histérica. De una forma o de otra habría que poner la vehemencia, para arrancar la admiración del mundo, o para sentir en una hora brevísima toda la voluptuosidad que pudo dar la vida. Bien triste y engañoso camino para dar finalidad y matiz al tiempo que huye, y amortiguar la nulidad de nuestro paso por el mundo. Temor a la muerte: tan poco se ha sido en la vida, tan superficial se ha sido, para creer que el brillo de un momento ha de vencer a la incansable vigía de todos los minutos que nos espera pacientemente siguiéndonos con su fría mirada de acero, que disfraza quizás la tranquilidad de remoto anonadamiento; locura ambiciosa de los sentidos que creen absorber embriagándose todo lo que de placer intenso puede dar la vida, agostando la delicadeza de los sencillos sentimientos, la placidez de los placeres sutiles, como si el fulgor hiciera más hondo y más fecundo lo alcanzado, como si pudiera compararse la cantidad de placer, con el chorro de las fuentes. Y si hay

03542.JPG
0003455

melancolía en todos aquellos que, sin comprender el valor de una vida reducida y tan matizada, se retuercen interiormente como poseídos cuando han soñado y han pensado grandezas y no se han encontrado sino siendo hombres miserables y vulgares, como todos, mientras sus compañeros de la víspera, con la sonrisa expresiva, y los ojos brillantes marchaban coronados de laurel, hay fatalismos de tragedia en los que, febriles y palpitantes, corren la desenfadada carrera en la que millones toman parte, furiosos, desesperados, para adelantar al que está delante y siempre vendría delante uno nuevo, para alcanzar un éxito que no se percibe ni se sabe que sería, quizás al final solamente la crueldad de un sufrimiento o la desesperanza de sentirse irremediamente perdidos para la vida, mientras al borde del camino los sabios y los buenos, apacibles e indiferentes contemplan la loca columna, hallando belleza de vida hasta en la santa humildad de las cosas sencillas, y hasta el brillo irisado de los élitros de un insecto, o la frescura de una mañana sonriente con flores y brisas, rumores de hojas y cantos del bosque para que hayan encontrado significación y finalidad a la materia que vive....

Alejemos, pues, todo furioso deseo de brillo efímero. Bien poco puede ser esa gloria cuando, por llegar a ella, se ha debido dar en alimento todo lo que daba un calor al espíritu: el conocimiento y la seguridad de sí mismo, la sinceridad y toda esa serie de sentimientos que mueren ahogados, y que son penetración mística, elevación de espíritu, serenidad de cada instante conseguido en la oscuridad de las vidas internamente luminosas.

03543.JPG
0003456

QUINTA CARTA

Mi buen amigo:

Porque hay en ella muchas de las ideas que me son caras, te envío estas páginas que resumen mi clase inaugural en la Universidad.

Quise poner en ella una nota afectiva y que viniera de muy adentro. Creo que la llamada se perdió en el silencio inexpresivo de las almas. Nadie supo entenderla y nadie respondió. Esa es, al menos la impresión que me dejó la clase.

Quise despertarlas, llamarlas al pensamiento y a la renovación, y había que romper la pureza de sus cerebros, había que crearles entusiasmo, que sirviera para destruir todo lo que hasta entonces habían adorado. No podía ser.....

Continuarán como siempre leyendo sus textos fríos y ridículos y aprendiendo cosas al solo efecto de dar un examen y terminar con un título que les permita vivir. Pa qué más? Y piensa que, con ese programa al cual se aferran, es imposible que puedan aceptarse las ideas que rompen lo que tienen ellos ya determinado y establecido.

No tuve todavía el oyente, a no ser mi propia alma. ¿Irá más allá de mí mismo, esto que pensé con cariño?

Es una clase sumamente interesante, sobre todo si uds. piensan que estos problemas son aquellos que más van a apasionar a los jóvenes. Estamos en una edad en que, dejando ya de lado esa despreocupación feliz de los primeros años, toda la grandeza de sueños que jamás podrán realizarse, debemos preocuparnos seriamente de la verdadera finalidad de la vida. De ese choque brutal con la realidad puede resultar el total aniquilamiento de lo que soñamos y se resiste en espíritu a ese sacrificio de toda una vida espiritualmente rica, o bien una falta de energía nos fuerza ante los hecho a transar continuamente, y mientras continuamos pensando y soñando en sutiles cosas de gran belleza, realizamos lo que todo el mundo puede realizar. Y he ahí que continúa en medio de ruinas nuestra marcha por la vida, y la melancolía de las ruinas, no nos

03544.JPG
0003457

llega a ensombrecer el espíritu, mientras contemplamos con un poco de secreta tristeza la cantidad de sacrificio que ha habido que hacer por cobardía o por debilidad, y que vemos en los otros y no notamos en nosotros. Todo esto hace la tragedia de la vida, y todo esto es lo que va a dar en cada caso a esos problemas un poco abstractos un interés vecino de la tragedia: se trata de algo más que de un problema del cual solamente nos atrae el interés de estudio. Podemos resignarnos a vivir una vida menos fastuosa o menos cómoda, hasta restringirnos el círculo de actividad práctica. ¿Quién podrá resignarse a ver solamente sombras amenazantes cuando se trata precisamente de saber por qué hacemos todo eso, hasta los mismos sacrificios de bienestar?

Es la única vez que uds. van a estudiar algo y que van a sentir precisamente que ese algo, depende solamente de la propia vida interior de cada uno. Y piensen que todo gira alrededor de dos puntos fundamentales. Vivimos es cierto, pero qué significa esa vida misma y cómo debe vivirse? Dar significado a cada acto nuestro, realmente, es más difícil de lo que parece a primera vista, y menos mal cuando las fuerzas superiores intervienen y

dan la solución ansiada: la idea de Dios tranquiliza el espíritu y calma las inquietudes supremas, tonifica y da un color determinado a cada acto. ¿Pero cómo ha de hacerse cuando eso no se acepta? ¿Cómo ha de suplirse esa creación que restringe la formidable interrogación y que parece por esto haber sido creada por el hombre para evitarse ulteriores tormentos espirituales en su supremo deseo de calmar ansias indecibles?

Por que pensar en esos tranquilizadores sistemas de perfección, trae de inmediato al espíritu la idea de que se está haciendo vida artificiosa y solitaria. Principalmente esto último. Elevarse demasiado hace que al fin todo se diluya en realidad, y que se tenga en cada una de las grandes ideas, muy poco material para la acción. Muy fácil en verdades que nuestro pensamiento se pierda en bellezas de abstracción, y, en un mundo de invento realice el ideal de vida, y muy doloroso y decepcionante es cuando sinceramente se intentan convertir cada una de esas concepciones en impulsos fecundos de movimiento o de dirección espiritual. Buen oficio el de preparar leyes y sistemas morales,

03545.JPG
0003458

pero como en todos los oficios como en todo lo que es producto del aprendizaje o de la habilidad, se parte de una tradición o de los clichés establecidos para irlos perfeccionando. Y es cada vez más difícil dar eficacia a lo exterior y bastan a menudo los detalles insignificantes para que todo se pierda en una inocuidad ridícula si no fuera vecina de la tragedia suprema. Y, como en todos los oficios, o en todas las habilidades, un buen día pasa una racha de innovación que destruye todo lo aprendido e implanta las nuevas corrientes para que de nuevo todo se encause en una imitación o en una sistematización diferente. Pero antes que nada piensen uds. que es perfectamente compatible con esos estados de superioridad pensante el de una vida exterior., que podría ser perfectamente criticable, hasta repugnante en ocasiones. Y solamente ha de tenerse como excusa esa elevación de pensamientos que en un caso hace encontrar la degradación corporal como tolerable, mientras en otros es execrable e indigna. Valiosa actividad espiritual que nada nuevo agrega a la acción ordinaria y que hace perder toda una actividad que pudo ser fecunda para el bien. Es que cuando se lleva la abstracción demasiado lejos se corre el riesgo de que modos distintos de manifestarse la vida corporal (tan distintos y monstruosamente enemigos en ocasiones) puedan ser justificados por la misma invocación al mismo principio ético. Y damos así amplio campo de justificación a todos los egoísmos enmascarados, y las bajezas que se oculten y las crueldades que hasta tomen el aire de austeridad rígida e inflexible. Por eso, tanto aire nuevo tienen esas palabras de quienes, en su vida, no han hecho otra cosa que practicar seriamente y hasta con honda y dolorosa preocupación lo que han concebido. No habrá sin duda en Marco Aurelio muchas ideas de belleza que no existen en los moralistas corrientes, y se ha dicho a menudo que toda la moral de Jesús es la moral que buscó en el ambiente en que vivió, sobretodo en aquél Hillal, tan suave y tan amplio; pero en cada palabra suena la amargura de una fuerza que lucha y se desespera porque la volición surja amplia y fecunda; en una tendencia a la vida, y no queda esteril en su calidad de idea tan solo. El primer practicante de la virtud nueva, es aquí el mismo predicador que la pregona, y es esa fuerza que se siente estremecerse vivamente, esa desesperación por realizar lo que pudo ser soñado, ese esfuerzo por

03546.JPG
0003459

dar forma a sueños que nunca, ni aún fracasados han de quedar como sueños, lo que da aspecto nuevo a palabras que todos pudieron pensar y decir, pero que tan pocos pudieron pronunciarlas con espíritu de sacrificio.

Y no olvidan una nueva cuestión que adquiere trascendencia, y es que toda tendencia a embellecer solamente las moradas espirituales, para alejarlas del contacto corriente es la creación malsana por excelencia de un hermafroditismo miserable. Así puede adquirirse calma de ánimo, y aquella igualdad de espíritu que fuera en la serenidad del pensamiento estoico, el ideal que había de perseguirse, pero artificiosa y de vida efímera va a aparecer, cuando no se evita cuidadosamente todo contacto con el mundo exterior. Portar de sí mismo, y pensar con petulancia en sí mismo, es tarea de inutilidad triste. Valiente orgullo el de aquel que cierra los ojos y se cree el centro del universo.

(Recuérdense aquellas jactanciosas palabras del escarabajo en el cuento vibrante de pensamiento de Andersen) Hay tantas manifestaciones de vida a las cuales se podría acudir para imponerles una nueva vibración o intensificar un movimiento, puede tanto una mirada de ternura o un gesto nuestro en determinados casos, que únicamente debiera partirse de ahí, de esa escrutadora mirada a lo que nos rodea para poder acudir en el instante preciso y necesario.

¿No había de hacerse, de otro modo como quien dedicara todo su afán, (con gasto creciente), valioso de energías, en aumentar el brillo del vaso de metal bruñido, cuyo uso y cuya utilidad se mantendrá eternamente el mismo? Y no habrá un momento máxima desproporción entre la cantidad de bien que se presta y la cantidad de bien que pudo hacerse con la energía gastada? Y he ahí una nueva condición de tu idea, que ella no permanezca sin manifestarse en algún bien directo y no en nebulosas abstracciones.

¿Puede buscarse la fórmula, aún suprimiendo la duda, que solucionara todas las cosas de la vida? Como todos estos problemas de nuestro espíritu, está en nosotros contentarnos con la solución que más nos agrade, y hacer que nuestra voluntad rompa el equilibrio y termine con las investigaciones. Si Dios, todo poderoso en una forma absoluta existiera, podría él sin duda resolvernos nuestros conflictos espirituales y de él habría de surgir la salvación frente a la trágica encrucijada. No es así y, con nuestros medios será preciso resolver

03547.JPG
0003460

lo inextricable. Y desde luego como de nosotros mismos se trata, toda la ciencia ha de consistir en contentarnos. ¿Pero qué es en verdad el contentarse? No puede pretenderse la verdad, porque ¿qué es ese impreciso ideal? Debe reducirse a suprimir impulsos o aspiraciones que la fórmula buscada pudiera resolver o contemplar. Y, si algo bien claro pudiera decirse de este contentamiento espiritual habría de buscarse en el equilibrio de alma que surgiría de impulsos excitados ahogando o disminuyendo en sus efectos, tendencias internas que espontáneamente habían de manifestarse. Nuestra voluntad obraría como dominadora en un complejo manifestarse de fuerzas psicológicas. Y, si se pretendiera que la fórmula fuera de todos (¡la sequedad inútil de todas las morales y de todos los moralistas.) habría de pensarse en la diversidad de cada proceso psíquico y en que, cada espíritu tendría fuentes diversas de energías activas, y que, exteriormente, solo

puede llegarse a obtener el aspecto deseado y, en el fondo brotan extrañas sugerencias. El reinado de la apariencia cuando se ha de brotar entusiasmo espiritual espontáneo e inagotable. Dominar con influencias externas, atar con fuerzas externas, las energías que tienen en efectos más trascendentes en la íntima actividad del alma. Ha de buscarse que cada uno tenga su aspiración y su camino trazado. Nada más. ¿Fórmulas? ¿Sistemas? Vivir!!....

Piensen que es lo único a que puede aferrarse nuestro espíritu y que tenga alguna consistencia sometido al examen. Y de darnos un modesto concepto de nosotros mismos sentir el inquietante problema haciendo abstracción en lo posible de nuestra personalidad, para considerarnos solamente algo que vive y que vive como las mariposas o las serpientes. Lo bello y efímero y lo repugnante y mortífero. ¿No hemos de ser para alguien también nosotros efímeros y bellos o enemigos mortales? Ha de darles sobretodo una triste idea de todo aquello que es almacenaje de energía para dominantes o vencedores, o lo que es máscara que perdure más allá de uno mismo. Y, si se consigue esto, se podrá entonces eficazmente llegar a lo deseable: saborear cada acto en lo que puede valer por sí mismo darle exactamente el valor en intensidad que tiene y no el que conveniencias o necesidades del momento podrían dar. (No olviden que la vida social, la vida nuestra, y no hablo solamente de lo que vulgarmente

03548.JPG
0003461

se entiende por una vida social) ha perturbado de tal modo criterio humano que hace dar a cosas de dudoso valor absoluto una excepción al aprecio).

Tarea realmente difícil es la de buscar el valor primitivo de cada hecho. ¿Podría rehacerse el gusto de niños, cuando nos hemos perturbados el sentido a fuerza de condimentos? Y si se ha temer que todo esto sea egoísta o utilitario, pienses que con la intención que se ponga en todo puede cambiar la tonalidad del acto, y que se evitaría así lo que de perjudicial puede haber; y si se cree en un egoísmo, es preciso pensar que las radiaciones de un hombre que obra sanamente, alcanzan en un círculo reducido, pero vibran de un modo fecundo, mientras se pierden en una vasta extensión, por falta de cariño y simpatía las enormes concepciones que quisieron ser redentoras y resultan inocuas.

03549.JPG
0003462

SEXTA CARTA

Solamente podemos conocer nuestro interior en aquello que reacciona a influencias internas o externas. Sabemos, cuando una contemplación prolongada e inteligente ha descubierto la vida espiritual, qué movimientos surgirán de cada energía que se pone en acción o cómo obrará en la sutilidad de la vida interna la excitación aún cuando sea apenas perceptible. Nada se escapa a la investigación insistente que escudriña en su propio ser, única fuente de toda la vida espiritual. Y han de ser indudablemente de corrientes distintas las que puedan nacer de ese íntimo pensar en sí mismo: la convicción del aniquilamiento del yo por la influencia de los varios factores, ese sentimiento de los hombres que se aplastan ante el fatalismo de las fuerzas implacables, sin intentar siquiera salvar el espíritu del desastre de toda la vida exterior, o, la convicción del dominio por factores íntimos y nuestros corporalmente, pero no por eso menos decisivos en la acción: el predominio del temperamento, de las condiciones innatas, de las razas que fueron apretando con garra siniestra el espíritu que tiende a abrirse y a buscar su esencia. Es esta última esa sensación tan corriente de quienes parecen impulsados actualmente por un fatalismo de nuevo cuño, muy distinto por cierto al destino implacable e inflexible de Esquilo, fatalismo que no tiene por qué buscarse en fuerzas extrañas o misteriosas porque surge de la propia personalidad y de las categorías de la personalidad. ¿No parece acaso flotar en los héroes que piensan los literatos y en la literatura que se piensa ese fatalismo nuevo del temperamento sobre la acción afectiva? Y en verdad que el término temperamento está un poco mal aplicado, no el temperamento, sino todo aquello que pueda influir en el espíritu, sabiendo de él mismo. De ahí que desde las influencias que puedan venir de una sangre más o menos rica, más o menos vigorosa y sana, hasta la herencia de caracteres dominantes en nuestros antepasados, y el carácter personal en lucha con un ambiente adverso ¿y qué ambiente no es adverso al hombre que no tiene la energía comprensiva de vivir? todo se une para que las aspiraciones que tienen fuerza suficiente para pretender el carácter de fines de la vida sean rechazados por el medio en que pretenden desarrollarse, y en vez de vigorizarse en esta acción decisiva, solamente

03550.JPG
0003463

se repliegan sobre sí mismas y viven su vida interior como sombras de lo que pudo ser extraordinario. Repliegue forzado es todo el fatalismo de una voluntad enfermiza, ¿y no son voluntades enfermizas, todas las almas trágicas de las literaturas corrientes? Vagas perturbaciones, sueños febriles, quisieron colocarse como indicadoras de la vía definida, y no fueron otra cosa que adormecedores de un impulso a la acción menos original o menos trascendente que el ideado, pero en definitiva más intenso como resultado efectivo. Otra forma de fatalismo es el propio aniquilamiento de su voluntad por la carrera desesperada tras una mentida vocación o una degeneradora idealidad: sueños de simulador o delirios de poseído, cuando no productos de un cerebro en decadencia. Todo es producto del exceso de contemplación amorosa, se detiene por igual ante todas las formas posibles de la vida interior, y no mata valientemente las tendencias malsanas resultado de no creer en la energía de la voluntad que tuerce las vocaciones peligrosas y encauza las corrientes al abismo.

Y si después de un estudio detenido en ti mismo, contemplando ese maravilloso espíritu que responde a toda sugestión sutil, intentas ejercer influencia en ajenas personalidades, más de un desencanto ha de resultado de tu esfuerzo. Los espíritus a quienes quieres ver tales como son se presentan, sin embargo impasibles e impenetrables, no oscuros o enigmáticos, sino mudos, absolutamente mudos, sin un infinitamente detalle que haga aparecer las conmociones que siente. Una perspectiva inexpresiva cuando se esperaba cualquier reacción, por absurda o extemporánea que ella fuera. Parece esa inexpresión del horizonte en las llanuras monótonas, o en el mar en calma que ciñe toda la visión a un círculo estrecho, y se sabe sin embargo, que más lejos, mucho más lejos de lo que la vista abarca, hay más espacio, y que debajo de esa superficie tan calma, pueden haber monstruos espantosos o madréporas exaltando la policromía extraordinaria. Exaspera a quien intenta llegar a esos espíritus la inexpresiva quietud con que se responde al esfuerzo intentado. ¿Es la absoluta falta de vida espiritual, o es la ocultación cuidadosa de una actividad magnífica? Los extremos más apartados pueden haber en dos espíritus en todo

03553.JPG
0003466

opuestos, y, sin embargo, el mismo signo los revela al mundo exterior. ¿Comprendes la espantosa probabilidad que espera a apóstoles y educadores? Porque aún cuando no sea siempre ese rostro impasible el que se presente, no son siempre engañadores o enigmáticos los rostros que vemos? Muy pocas veces responde lo corporal al impulso externo, y ¿quién podrá buscar en remotas persistencias ancestrales, no de raza, ni de especie, sino de clase o de reino natural, el disimulo del ser íntimo? Dolorosa en verdad es la acción de aquellos cuyo fin en la vida consiste en despertar en los demás ajenas emociones y que nunca podrán tener la certidumbre del estado de espíritu que han provocado, y mucho menos de la sutil influencia latente que dejan sus palabras o sus sugestiones.

Vacilación y adivinación cuando debiera ser puramente penetración definida.

Más de una vez, apóstoles y educadores habrían renegado de la influencia ejercida, si al desnudo hubieran visto el espíritu influído y el móvil íntimo de la transformación que iba a producirse, y más de una vez habrían visto que extraer dinarias interpretaciones se hacían de aquello que fuera nervio y centro de sus enseñanzas o de sus predicaciones, porque indudablemente ellos pudieran ver claro, pero para los que reciben ajeno impulso necesitan previamente tamizarlo para que se haga comprensivo.

03554.JPG
0003467

SÉPTIMA CARTA

Me hace pensar tu carta que nada se ha resuelto, cuando se ha conseguido un ideal elevado, o una aspiración bien íntima que pueda servir de guía general de nuestras acciones. Porque la duda va a presentarse de nuevo en cada caso concreto, y no va a poderse resolver del mismo modo como se ha argumentado. Va a tenerse que llenar la fórmula, y cuando no se encuentre que la voz íntima que se hizo brotar con vuelo suave, permanece inactiva o enigmática, se puede temer que la respuesta la dé nuestro interés disfrazado, que ha conseguido vencer la tendencia espiritual, en lucha de artificios. No puedes imaginarte en qué confusiones se cae cuando tan lejos se lleva el análisis sutil, y como diabólicamente se tuercen sanos deseos, cuando predomina el razonamiento. Ha de ser, pues, la voz de nuestro deber no solo para ese ideal que matiza la vida, sino para los hechos de la vida corriente, para los miserables y pequeños hechos que la vida diaria nos va presentando, y que un exceso de perplejidad los hace encontrar dificultosos, vacilando la voluntad en determinarse.

Y en estas cuestiones, determinada la norma, si va esta contra la tendencia ambiente, se plantea la formidable pregunta; ¿Se deberá abandonarlo todo, rígidamente, aunque la transformación de uno solo nada mejore, para cumplir estrictamente lo ideado?

Es sobre todo en tu caso que hay necesidad de verdadera voluntad, para cumplir lo que se ha pensado, sobre todo porque va contra la tendencia corriente. Es principalmente con nuestras relaciones de sexos que la cuestión puede cobrar aspectos de verdadero sacrificio. Tu has pensado como todos en la necesidad de mirar esas relaciones de un modo más digno de como se miran ahora. Tú habrás pensado que no está solo el problema de la liberación de la mujer, en cuestiones políticas o económicas, que le den igualdad de tratamiento aparente al hombre, sino que sombreando todo eso, antes que todo eso ha un trascendente aspecto moral y psicológico que debe tratarse antes, que debe resolverse antes porque su solución salvaría las dificultades más graves y las primeras que se presentan.

Cambiar antes que nada el concepto de esa relación que tantos siglos de malos pensamientos ha convertido en algo como condenable, santificar eso, si tu quieres, pero no en beneficio nuestro sino en beneficio de ellas. Todas

02370.JPG
0002215

las veces que tratan este asunto nuestros apóstoles feministas, resuelven así en apariencias, pero se nota de inmediato el pensamiento diabólico: son hombres que inconscientemente sientes, que, más placeres habrían gozado en la vida si eso estaría establecido. (La seducción que no se formula, pero ha palpitado, ha inspirado todo y se ha mantenido oculta; evitemosla, he ahí el primer punto.)

Y luego se piensa en lo que de allí saldría: no se acercaría a los pobres mujeres, enloqueciendo, excitando sus sentidos, para que vengan como adoloridas e inexpertas falenas, a quemar lo que de más atrayente tienen para la sociedad, en nuestros deseos impuros; cuando no dejan pobres almas dolorosas, su alma destrozada o su vida languideciendo, que sirvieron de alfombras a los triunfantes, miserables y monstruosos

triunfantes.

Se ve entonces claro el deber que nos incita a la acción. No seremos nosotros ni como esos hombres sensuales, ni como esos hombres pervertidos, que pasan ostentando sus atractivos, y provocando la reacción en las pobres víctimas elegidas que persiguen y persiguen astuta o con acción victoriosa hasta que obtienen el placer buscado para desaparecer luego sin arrojar ni siquiera una mierda de piedad a los pobres espíritus atribulados.

No seremos nosotros los que justifiquemos con nuestra actitud, a las mujeres que, sabedoras del papel que queremos hacerlas desempeñar, piensan únicamente en aparecer hermosas y atrayentes, mostrando la belleza prometedora, a quienes ni siquiera falta aquel que publique sus atractivos como esos pobres espíritus que se encierran en la melancolía de los harenes. Porque a tal hemos llegado en verdad con la preocupación despertada en las mujeres del único destino que le fijan los hombres. Ellos han querido embriagarse con sus encantos, y ellas desesperan por ostentarles, por pregonar sus méritos, por demostrar que serían dignas de aquel que las eligiera. ¡Qué tristeza, qué frío acongojante producen esas ansiosas aspiraciones de embellecerse, ese afán de aparecer sobrehumanamente bellas, aun con artificios, (¡el incremento de nuestras cosas para modas!) por parecer realmente dignas de ser atendidas. Y es tan triste, pensar que el único significado que tiene ese afán de lujo, de galas, de adornos, de pinturas! Pobres mujeres que corren extraviadas, tras su destino que en vano se quiere hacer atrayente! No deber ser tu igual que esos hombres

03556. JPG
0003469

que son causa de tales desatinos, no debe ser la belleza que desaparece en un instante la que te deslumbre ni será placer enfermizo lo que te atraiga hacia la mujer.

Y, sin embargo, vacila tu espíritu. Convencido estás que la única línea de conducta a trazarse es la que dejó indicada, y hay angustia en tu alma. ¿Serías un individuo aislado para realizar esto, y preguntas si tendría eficacia realizarlo, si aún a costa de todo habría que sacrificar los placeres que se te ofrecen y marchar rectamente, rígido e implacable contigo mismo hasta el fin? ¿Valdrá la pena que tú solo, entre la inmensidad, huyas de los placeres que te sonríen y te llaman seductores, oh!, tan seductores! y cumplas estrictamente con lo que crees sea tu deber? Razón tienes en hacerte esta pregunta que ha angustiado y detenido a todos los que como tú quisieron realizar una vida consagrada al ideal. Y aún has de luchar contigo mismo, contra tus sentidos que te gritan desesperados contestes a la llamada seductora.

¿Deberás sacrificarlo todo, me preguntas? Amigo mío, ha llegado para ti el instante crítico. Quizás en este mismo momento están haciendo presa de tí los recuerdos de todo aquello que pudiste hacer y que te hubieran dado horas de embriaguez. Quizás pienses en las mujeres que pasaron y que te prometían la dulzura de su amor; la delicia de todo aquello que fue y que perturba más que el goce que está cercano y a nuestro alcance. Son nuestros peores enemigos esos recuerdos que energan el espíritu y hacen vacilar la voluntad, que atraen la mirada al pasado y hundan todo el ser en vanas lamentaciones. Quítale, pues, peligros a los recuerdos pensando que todos ellos son engañadores, y así estarás un poco más libre para encarar valientemente tu asunto y estarás un poco más tranquilo para resolverlo.

La atracción espiritual te atrae por un lado, y en divergencia los sentidos dominando en otra

dirección. Se podrá dominar uno u otro, jamás se intentarán satisfacer a los dos. Y en estos graves problemas en que son las mujeres quienes juegan el principal papel, sabemos, ya te lo he dicho, lo que en teoría creíamos lo justo y lo correcto, y contuvimos la expansión nuestra, que murió sin satisfacerse. Y quién sabe si el placer que nos privamos no fue placer de que privamos también a otra persona que se sentía también seducida. Vale la pena por un

03557.JPG
0003470

concepto de la acción ideal, sacrificar lo que forma la normalidad en todos los demás? Y hemos de volver a la única cuestión. O vivir como todos abandonandonos al ideal solo en espíritu, dejando ese ideal para otros tiempos, o sacrificar a esa ilusión forjada, todo lo que pudo darnos de realidad la vida.

Estás ahora en la encrucijada fatal. ¿Ha de vencer el hombre puro que se despertó en tí y que sentí vibrar a través de todas tus cartas? O predominará el espíritu a quien atraen los placeres de la hora?

Terribles momentos de desaliento mientras se sumerge el espíritu en un mar de cavilaciones. Habremos trocado el camino que nos había trazado el destino, y fue por ese destino que tuvimos que realizar fecundo el sacrificio. Yo no sé si un solo espíritu haya querido hacer su vida elevada y de acuerdo con su ideal puede existir que no tenga esas amarguras de sentirse atraído por tendencias opuestas, y se haya visto obligado a sacrificar a uno de ellos, cuando menos, la fuerza de los pensamientos que debían ser consagrados; pero es que siempre habrá esa seducción del recuerdo que hemos embellecido, cuando no sea el pensamiento de que, trazada la ruta, ha pasado el tiempo, para siempre se hizo imposible una orientación que pudimos seguir. La vida no es como el pensamiento, que puede cambiar de modo de ser en un instante, y ha de seguirse lo que una vez fue vivido, y dejó rastros y nos absorbe, y es irremediable y fatal todo lo que pasó. (Nosotros somos los que pasamos y el tiempo, solamente nos presenta el camino que forzosamente se ha de seguir, y todo lo que hicimos y todo lo que estuvo en nuestro poder hacer.)

Debimos haber elegido la vía que concertaba con nuestro modo de ser, y culpa nuestra fue haber aspirado a algo que luego no había de contentarnos. Pero esa lamentación, justificada es en verdad, porque son las cosas que han pasado y no las hemos gozado, complemento de lo que fue el placer nuestro vivido. Y si hubiéramos seguido aquella tendencia, miraríamos de menos todo lo que hemos experimentado de alegría honda y pura. Si no somos vacilantes y espíritus que no saben concretar el deseo que puede condensarse en una voluntad fijadora de su destino, si no hay en nosotros una aspiración que predomine sobre otras, cualquier tendencia que se siga, ha de presentarnos ante la encrucijada dolorosa, y siempre nuestra mirada al pasado, será un lamento por todo aquello que

03558.JPG
0003471

no fue nuestra alegría.

Es, pues, condición necesaria de nuestra vida que la acompañen ese cortejo de melancólicas esperanzas que se han ido dejando al borde del camino recorrido; o que se construya la vida actual, sobre los placeres que se han sacrificado y que tienen la única

venganza de mostrarse siempre seductores, para amenguarnos el goce del momento que se vive.

Deber seguir el hombre su destino, y no puede haber en él ninguna perfección tan completa que lo exima de los sacrificios necesarios para cumplirlo. Todo está en cumplirlo con el menos sacrificio posible, ya que no puede pensarse en no hacer ninguno. ¿Habría acaso el goce de sentirse fuerte frente a la adversidad, ya las amarguras del mundo?

Ásperos placeres que sientan el convencimiento de nuestra fortaleza, y que, aún en las angustias de la duda, hace brotar nuestra sonrisa, con los amores que se experimentan y con el bien que nos toma como centro. Todo está, entonces en que no sea rigidez escuálida y desagradable esa decisión de cumplir el deber marcado, y no sea añan de tortura o que ha de ser deseo de buscar la alegría que viene de lo hondo.

Hacer que nazca el menor número de lágrimas y que florezcan muchas sonrisas a nuestro paso, aún a costa de nuestro dolor. ¡Hay al final tanto suave consuelo en esas sonrisas de los que fuimos autores! Y pensemos que es algo fatal y despiadado, que evitaremos lo más posible, que nuestra vida, por seguir al ideal ha de producir a veces angustias que la fatalidad nos ha obligado a producir.

¡Pobres espíritus que atribuíamos sin culpa. Y el placer que perdimos, no valdrá sin duda aquel que hemos de encontrar. Si nos hemos equivocado, lo irremediable ha puesto ya el sello en nuestra vida, y solo nos resta evitar que la desesperanza haga lúgubres las horas que aún hemos de pasar.